

# Viví el sismo tras las rejas

María Enriqueta Hernández Hawk



En reclusión las cosas se ven distintas, se viven distintas de como lo hace el resto de la población que no se encuentra privada de su libertad. ¿Que cómo vivimos las internas del penal femenino de Tepepan los sismos del 7 y del 19 de septiembre de 2017? La respuesta es compleja.

El primer sismo, el de la madrugada del martes 7 de septiembre, nos tomó desprevenidas totalmente. En el dormitorio donde vivo, a las doce de la noche la mayoría estábamos viendo televisión y otras pocas ya dormidas. Recargada en la pared, me encontraba sentada en la cama, relajada, despeinada, tomando café caliente con leche, dando mordiscos a un pan dulce con mermelada de piña, usando el pijama azul de una mariposa que tanto me gusta, con la luz apagada, viendo no recuerdo qué, porque estaba ya más dormida que despierta, cuando, de repente, comencé a sentir que todo me daba vueltas.

Lo primero que pensé fue que se me había subido la presión, motivo por el cual me sentía mareada, pero el movimiento se hizo más intenso y casi de inmediato empecé a escuchar cómo mis compañeras salían de sus estancias corriendo, asustadas, desconcertadas, solo para agazaparse contra la reja del dormitorio y gritarle a la custodia que estaba temblando, que nos abriera para salir a las áreas verdes, lugar que, por cierto, teníamos indicado como sitio de reunión tras los ensayos de desalojo por sismo, pero la autoridad no respondía.

Fue entonces cuando salí de la estancia, en chanclas de baño, alterada por las voces cada vez más fuertes y desesperadas de mis compañeras. Cerré la puerta con candado y me dirigí a la entrada junto con las demás para llamar insistentemente a la custodia asignada a nuestro dormitorio. Empecé a ponerme muy nerviosa, tenía las manos heladas. Me percaté de que una amiga que se

encontraba a mi lado, agarrada fuertemente de los barrotes de la reja, no hablaba, no gritaba, no se movía. Había entrado en crisis de pánico y estaba paralizada.

Con fuerza, logré despegar sus dedos de aquella reja y la abracé. Ella me veía con los ojos vacíos, como perdida. Al verla tan mal, brotó incontrolable desde las entrañas de mi ser ese instinto de supervivencia, tan básico, tan animal, y empecé a gritarle a la custodia a todo pulmón. Gritaba asustada, gritaba encolerizada porque no abría la puerta para que pudiéramos salir, gritaba sintiendo cómo mis cuerdas vocales se desgarraban, y sin importarme que las demás me vieran como una loca. No quería morir. Ese era el único pensamiento fijo en mi cabeza: no quería morir.

Al darse cuenta de mi desesperación, las demás se unieron con mucha más fuerza. Del “por favor, jefa, ábrenos la puerta”, pasamos al “hija de tu reputa madre, culera, ábrenos la puerta, perra, déjanos salir, ¿qué no ves que está temblando?”. Fue hasta entonces, cuando los ánimos ya estaban más que encendidos, que la custodia finalmente subió a vernos, espantada también por el sismo, y dijo que tenía que ir a jefatura para preguntar a la comandante si nos podía abrir la puerta. Tardó quizás un minuto, pero a nosotras se nos hicieron horas. Entre gritos y mentadas exigíamos ver a la comandante y demandábamos que nos abrieran la puerta del dormitorio. Finalmente, la custodia subió las escaleras corriendo para decirnos que se nos iba a abrir la reja y que la orden era que desalojáramos los dormitorios y nos dirigiéramos a las canchas. Sin embargo, para ese momento el temblor había pasado.

De todas formas, tuvimos que salir de los dormitorios. En el pasillo hacia las canchas, varias de nosotras les íbamos diciendo a las custodias que nos topábamos en el camino que en vano había sido tanto pancho con los ensayos del desalojo, filmarnos saliendo de los dormitorios, registrar el tiempo que nos tomaba llegar a las áreas verdes, porque cuando sucedía un temblor real, ni siquiera nos abrían las puertas. Una custodia se atrevió a contestar que la

orden que tenían era de no abrir los dormitorios en absoluto durante un sismo, así las paredes y los techos se nos cayeran encima. Que si ahora habían hecho una excepción, había sido únicamente por orden de la comandante, nada más.

¡Vaya cosa! Ahora resultaba que hasta nos habían hecho un favor, que en México velar por la vida observa una excepción cuando se trata de personas privadas de su libertad dentro de las cárceles. ¿O sea que la obligación del Estado de proteger la vida de las personas no aplica a la vida de los presos? ¿Acaso la vida de todas las personas no tiene el mismo valor?

¡Cuidado! Este tipo de órdenes no escritas que rigen la vida de nuestro sistema penitenciario mexicano de manera cotidiana, como no abrir las rejas de los dormitorios dentro de las cárceles cuando ocurre un temblor, podría implicar la autoría intelectual del Estado y la coparticipación de los elementos que lo integran en el delito de genocidio. Se trata de algo muy delicado con consecuencias graves.

Finalmente nos abrieron las puertas y las internas salimos a las canchas, unas enojadas, otras aún asustadas, pero todas ya más relajadas al ver que no había pasado cosa alguna. Incluso algunas comenzaron a hacer chistes acerca de cómo nos encontrábamos vestidas: unas en pijama, otras en playera y bóxer con una cobija alrededor, otras en ropa interior, enrolladas en una toalla de baño, y otras pocas completamente vestidas. Las que traían poca ropa encima tiritaban de frío, se veían muy graciosas temblando como gelatinas, y eso nos hizo reír, suavizando los ánimos desesperados y coléricos que hacía un rato nos embargaban.

Permanecimos afuera, en las áreas verdes, aproximadamente diez minutos. Regresamos a nuestros respectivos dormitorios, donde pudimos llamar a nuestros familiares para saber cómo estaban y ver los noticieros para enterarnos de qué intensidad había sido el temblor y los daños que había provocado a casas y edificios en el exterior. Fue entonces cuando supe que había ocurrido a las

doce de la noche y que fue de 8.2° Richter. ¡Con razón se sintió así de feo! Gracias a Dios, todo había pasado y no se registraron daños en la Ciudad de México.

A pesar de los dieciséis años que llevo privada de mi libertad, me causa una sensación bastante extraña pensar en “el exterior”, esto es, en lo que existe fuera de las cuatro paredes de este penal, como si se tratara de un lugar lejano y ajeno a mí, como si ese “exterior” fuera otro planeta u otra galaxia de la que debo conocer a través de reportajes televisivos, tal como se dan las noticias acerca de las investigaciones que la NASA realiza en Marte. En algún momento yo también formé parte de ese “exterior”, pero fue hace tanto tiempo que parece una historia lejana de mi juventud.

Toda la madrugada estuvieron pasando en los noticieros datos del sismo. Escuché la información hasta las tres de la mañana y luego me dormí. Mi familia estaba sana y salva, aquí todo estaba bien y afuera no hubo percances, así que, lentamente, fui sucumbiendo al cálido llamado de esa cama que me pedía acurrucarme entre sus sábanas para descansar, hasta que no aguanté más y me quedé dormida.

Los días subsiguientes lo único que se escuchaba eran comentarios que decían que venía un temblor más fuerte, que el pasado sismo solo había sido un aviso de la naturaleza para que nos previniéramos de lo que estaba por venir. Muchas decían que eran noticias fatalistas que debían ignorarse, mientras otros prácticamente preconizaban el fin del mundo a través de elevados cálculos matemáticos y profecías. Nadie estaba en paz. Dentro de todos palpitaba la incertidumbre del “y si...”, hasta que finalmente llegó. Con doce días de distancia, aquella fuerza que por mucho tiempo se ausentó de nuestras vidas, aquella que nos hizo sacudirnos en 1985 (hacía treinta y dos años), se presentó de nuevo con una intensidad inimaginable.

Nunca olvidaré ese martes 19 de septiembre de 2017, cuando, temprano por la mañana, y con una intensidad de 7.1 Richter, la

cárcel femenil de Tepepan, comenzó a zarandearnos de un lado a otro de sus paredes, cual muñecas de trapo. Era día de visita familiar en los penales de la Ciudad de México. Había personas del exterior que venían a ver a sus internas. Yo me encontraba en la estancia viendo televisión. Ya me había bañado y vestido. Sin embargo, de un momento a otro comencé a sentir que el piso se me movía. Me senté muy quietecita sobre mi cama y el movimiento se intensificó en gran manera. Sin pensarlo, salí del cuarto, cerré con candado y me dirigí a las canchas casi corriendo.

Mientras bajaba las escaleras, porque el dormitorio donde vivo se encuentra en un primer piso, escuchaba las paredes y los vidrios tronar. Me llené de pánico. Saliendo del dormitorio me encontré con una compañera que se había desmayado. Otras compañeras se acercaron a ayudarla, y yo estaba por hacer lo mismo cuando, casi de inmediato, pensé: “No, lo siento compañera, no voy a quedarme”, y seguí de frente, dejándolas atrás. ¿Egoísmo? No lo creo realmente, más bien, y a pesar de todo y de todos, le debo mi actuar al instinto de supervivencia que gritaba como nunca “corre por tu vida”. Y fue lo que hice, sin pensar en nada más: corrí por mi vida.

Mientras atravesaba el pasillo para llegar a las áreas verdes, no podía caminar ni correr en línea recta. El movimiento de la tierra me empujaba fuertemente de un lado a otro. Parecía como si estuviera tomada, y por si fuera poco, del techo caían pequeños pedazos y la visibilidad se dificultaba debido a la cantidad de polvo que invadía mi paso. Mientras atravesaba ese corredor, que parecía infinito, solo tuve fuerzas para orar, para pedirle a Dios que no permitiera que muriera ese día aplastada. Caminaba, en pequeños tramos corría, luego de nuevo caminaba, orando todo el tiempo. Estaba realmente asustada. Llegué a pensar que estaba viviendo los últimos instantes de mi vida. Fue algo aterrador. No hay palabras para describir el miedo que se siente cuando se enfrenta algo que sale de todo control humano.

Finalmente llegué a las canchas. Allí me reuní con las demás compañeras que también iban saliendo de sus dormitorios espantadas, muchas de ellas llorando, la mayoría temblando sin parar. El sismo pasó y fue cuando empecé a observar a las personas que tenía a mi alrededor. Unas se encontraban paradas, pero la mayoría estaban sentadas en el piso, prácticamente en estado de *shock*. Habían abierto la puerta de la sala de visita que da a las canchas del penal y desalojaron a las personas que en ella se encontraban. Una media hora después, la comandante giró la orden de que las visitas debían salir del penal para comenzar a evaluar los daños. Poco a poco la gente se despidió de sus internas y se retiraron con gran mortificación en sus rostros.

A los pocos minutos empezaron a sacar a los empleados del centro por la puerta trasera, aquella por donde ingresan los abarrotados de las dos tiendas del penal. Cuando vimos esta acción, nos asustamos nuevamente. Pensamos que el penal estaba en tan malas condiciones que ya ni los empleados querían quedarse. A nosotras nos tenían concentradas en las canchas y no nos dejaban salir de allí, ni siquiera para ir al baño de la sala de visita, que se encontraba tan solo a unos cuantos pasos. También estábamos incomunicadas. Nos mantuvieron en las áreas verdes aproximadamente tres horas. Poco a poco nos fuimos tranquilizando al ver que estábamos bien y que el penal no se había derrumbado... por lo que podíamos apreciar desde donde estábamos.

Varias compañeras nos reunimos en grupos para orar. También nos acercamos a otras que rezaban el rosario. En ese momento no importaba quién era católica, judía, devota de la Santa Muerte o quién creía en el diablo. Todas estábamos juntas. Unas viendo por otras. Unas orando y rezando por las otras, por las familias de todas, por las personas del exterior. Fue algo hermoso, de verdad. Lo recuerdo y se me llenan los ojos de lágrimas, porque fue en ese momento cuando nos dimos cuenta de que podemos convivir sin pelearnos, sin discutir, sin enfrentarnos. Todas estábamos unidas,

cuidándonos, dándonos aliento, compartiendo, aunque fuera un pedazo de pan entre varias para bajarnos el susto. Fue algo que no sé si volveremos a vivir como reclusas, pero el instante se quedará grabado en mi mente por siempre.

Al cabo de tres horas, y porque varias teníamos ganas de ir al baño, finalmente abrieron la puerta de las canchas e ingresamos a los dormitorios. Estábamos temerosas, reticentes a entrar. Habíamos escuchado los vidrios y las paredes tronar. Pedimos a las autoridades el visto bueno de Protección Civil para tener la certeza de que no se iba a caer el penal a la mitad de la noche, y algunos elementos de aquella organización revisaron estancia por estancia, las áreas comunes y cada rincón. Nos informaron que había daños menores, pero no daño estructural. En pocas palabras, el penal era habitable y, ya más confiadas, regresamos a las estancias. Le pedimos a la comandante que, por favor, no cerrara la reja del dormitorio, por aquello de que pudieran presentarse réplicas a lo largo de la noche. Estábamos tan asustadas todavía internas, custodias y el personal administrativo, que no tuvieron inconveniente en dejar el dormitorio abierto.

Ya dentro, lo primero que hice fue llamar a mi familia para cerciorarme de que estaban bien. Pude hablar sin problema y ellos se encontraban tranquilos. Algunas compañeras también alcanzaron a hablar. Después se cayeron las líneas y quedamos incomunicadas con el exterior. Fue cuando nos pusimos a ver los noticieros, y entonces nos enteramos de la enorme devastación que había en toda la Ciudad de México. Apenas podíamos creerlo. Las imágenes decían todo, no hacían falta las palabras. Casas y edificios derrumbados, personas engullidas por los escombros, coches aplastados por anuncios espectaculares a mitad de las calles, personas llorando y tratando de sacar a sus familiares atrapados, perros ladrando al identificar a su amo malherido... era el infierno en la tierra.

Estaba impactada, se me salían las lágrimas al ver el dolor de tantas personas, quería salir corriendo para ayudar, hacer algo,

pero estaba presa, tras las rejas. Irónicamente, más a salvo que cualquiera de las personas que se encontraban en medio de las calles o dentro de casas y edificios en el exterior. Dios tuvo misericordia de nosotros, los presos. Al no tener a dónde correr, nos cubrió con su manto y nos protegió del desastre. Todavía no puedo creer la bendición tan grande que llegó a nosotros, ya que no hubo ni un preso muerto, ni una cárcel derrumbada en la Ciudad de México. Gracias, bendito Jehová, por tu infinita misericordia.

Sin embargo, sabiendo que mi familia y nosotras en el penal estábamos bien, y al ver el desastre que ensombrecía a tantas y tantas personas afuera, oré, oré por todas ellas, oré por los que habían fallecido y porque sus familiares encontraran pronto la paz en su alma, oré por aquellos que comenzaban a mandar ayuda a este o aquel centro de acopio, oré porque no faltaran manos para encontrar a los que aún luchaba por su vida dentro de los edificios y casas destruidos, oré porque nos diéramos cuenta de que México es uno solo y que las diferencias son las que nos hacen fuertes, no las que nos destruyen, porque al final, México siempre ha demostrado ser uno solo, a pesar de que las desgracias nos desgarran por dentro.

Después de este día siguieron muchos otros de dolor y angustia, pero también de fortaleza, de manos que no paraban de ayudar a sus semejantes, de caras que veían en las otras la de un hermano, de piernas que servían de sostén a los que ya no podían sostenerse, de palabras de aliento para el que estaba desconsolado, de un abrazo y una sonrisa para el que estaba llorando por aquellos a los que perdió y por los que perdió.

No cambiaría a mi país por ningún otro en el mundo. Somos una sola gran familia, a pesar de las diferencias entre nosotros en cuanto a color de piel, credo, estrato social o cualquier otra. México es grande y su fortaleza se encuentra en su gente.

¡México sigue en pie!